

olvidado pedirte mis cartas. Raúl irá á recogerlas para quemarlas, si es que tú no las has quemado ya. Sé leal ante mi muerte. Me has dicho que jamás se separó de ti aquel ramillete fatal, que fué mi ruina y que ha hecho la desgracia de los míos: llévale á mi tumba y aspira el aroma de esas violetas, que te envió por medio de Raúl. La muerte no inspira el odio. Inspira el perdón. ¡Adiós! Sé feliz y acuérdate de que nos hemos amado mucho. Me mato con la pistola que me diste, porque me entregaste á la vez con ella la muerte y el amor.

»Gontrán.»

—¡Oh! ¡La locura del amor! ¡La locura! ¡la locura! ¡la locura!—dijo la madre, soltando aquella carta y arrojándose ante su hijo.

XXII

El espectro del banquete

Cuando Raúl de Oraie se presentó, obedeciendo á la última voluntad de Gontrán, en casa de Lucía, para darle un ramillete de violetas, con la carta de adiós y pedirle las cartas del muerto, la comedianta dejó escapar un grito muy digno de la historia.

—¡Cómo! ¡Se ha matado! ¡Se ha matado el día de mi santo! ¡Como si no hubiera podido dejarlo para mañana!

Tenía una comida de doce cubiertos; había invitado á los más bellos nombres de la juventud dorada. ¡Cuántos que iban le reprochaban no haber recibido invitación! Pero ella había dicho de antemano:

—Es menester que no seamos trece.
Gontrán era el décimotercio.

Lucía temió enternecerse leyendo la carta: no se debe llorar el día de su santo. Rogó á Raúl que volviera al día siguiente «para ocuparse en aquel asunto».

El joven se marchó, pensando cuán poco lugar, así en vida como en muerte, tiene un enamorado en una tunanta á quien amara.

La comediante no aplazó la celebración de aquel día para el siguiente. Al anochecer, los ramilletes se amontonaban en los salones.

Las violetas de Gontrán desaparecieron bajo las camelias y las rosas.

Todos los invitados respondieron al llamamiento; sentáronse á la mesa hacia las ocho.

—Querido amigo,—dijo la dueña de la casa á uno de los convidados,—trae usted á la fiesta un rostro muy triste. ¡Alegría, por favor!

Aquel invitado era el conde de Apremont.

—En verdad,—dijo éste amargamente,—me admiro de admirarme todavía.

El conde era un carácter entre aquellos jóvenes locos lanzados á toda brida al *steeple-chasse* de las aventuras. Tenía un profundo sentimiento de la justicia. Quería que todo el mundo ocupara el lugar que él había ocupado. De regreso de todo, aspiraba al ideal del bien, mas no tenía el valor de romper con los azares de la vida parisiense. Sin prejuicios de casta y de fortuna, tenía su teoría política, que encontraba algo revolucionaria para que él contribuyese á la obra social.

Huérfano, habíase comido su fortuna patrimonial jugando á las cartas y con las mujeres. Pero sin sentirlo. Pasando un día de caza por delante de una de sus tierras, vendida por los acreedores, exclamó, como no sé qué hijo pródigo:

—¡Ah! ¡Cómo te comería nuevamente!
Y éste fué todo el sentimiento que expresó.

Hay un Dios para los hijos pródigos. Apenas arruinado, tuvo un herencia milagrosa, de la que se habló mucho en 1868. Y entonces pensó en casarse razonablemente, y no pensó sino en encontrar una mujer que fuese para él la imagen de la dicha y de la virtud. ¿Quién lo creería? ¡Se casó!

El rumor de la muerte de Gontrán esparcióse en algunas horas por la juventud parisiense. Un sentimiento de amarga curiosidad había impulsado á Aspremont á aceptar la invitación de Lucía. No la llevaba en el corazón, pero la veía poco menos que como se va al jardín botánico, para ver á los monstruos.

No podía comprender que la comediante no hubiese suspendido la fiesta, aunque la conociese bastante bien.

Y sin cumplimientos abordó la cuestión.

—En verdad,—dijo,—encuentro muy natural, querida Lucía, que haga usted cambiar en el teatro la función de esta noche á causa de su santo, pero, francamente, más natural me parecería que aquí se descansara en el día de hoy.

Lucía no se alteró.

—Querido mío, la vida tiene sus exigencias: me pondré de luto mañana para serle á usted agradable.

Y lanzó una terrible mirada al de Aspremont.

—Sí, un luto de corte: hoy riguroso y menor mañana.

Lucía siempre tenía qué replicar.

—Pues bien: su amigo de usted será tratado como un príncipe.

Este prólogo de la comida había extendido el frío del sudario sobre todos los presentes. Aunque Lucía hubiera renovado sus amigos como había renovado sus

criados, nadie ignoraba que el hotel en que comían había sido dado á la comedianta por Gontrán. Esta pasión nada oculta había causado bastante ruido para que los episodios más brillantes tuvieran eco todavía. Verdad es que Gontrán no dejaría un recuerdo que ni los siglos habían de borrar como Alcibíades, Alejandro ó César; pero, en fin, era muy natural que el día de su muerte se hablase de él, tanto más cuanto que su muerte fué una de las páginas más acentuadas de su vida.

Hiciéronse grandes esfuerzos para hablar de otra cosa. Lucía, que poseía el arte de conducir la conversación al través de los obstáculos como conducía varonilmente sus dos caballos ingleses en la ola de carruajes de las grandes avenidas, quiso reconquistar el pensamiento de sus invitados. Se habló de los soles nacieses de la señorita Corapearl y de los soles moribundos de la señorita Duverger en los mismos horizontes con estrellas de diamantes; pero en vano se evocaron las imágenes más luminosamente alegres del mundo galante: una palabra imprevista hacía resurgir el pálido rostro de Gontrán. Había sido amigo de todo el mundo, con todos se había rozado; en vano se removían las palabras á él más extrañas: su nombre aparecía constantemente.

Uno de los convidados, Aspremont, guardaba silencio y miraba á la comedianta con tanta atención como si hubiera estado en el teatro.

¡Qué espectáculo era, efectivamente, el que allí se daba, para él, que vivía en el torbellino, pero tomándose tiempo para estudiar á las mujeres!

Mientras tanto, los espumosos vinos, vertidos en las copas desde que los convidados empezaran á entrar, según la moda consagrada en las más opulentas casas,

habíase subido á la cabeza de todos los reunidos, excepto Aspremont.

Lucía, impulsada á su vez por los primeros torbellinos de la borrachera, se abandonó á una linda inspiración.

—¡Desafiemos á la muerte! ¡He leído á los filósofos! La tumba es una puerta abierta; Gontrán ocupa ya un puesto en un nuevo mundo, en el que tal vez no haya espectadores tan serios como en los Bufos-Parisienses. No le compadezcáis. No lloremos nuestros amores muertos; que ésta es la verdadera muerte, puesto que no renacerán. ¿A qué llorar á los hombres, si hay que nacer de nuevo?

—Lucía tiene razón,—dijo un convidado.—No es la vida un viaje, lo es la muerte.

Lucía estalló en una carcajada.

—¡Pobre Gontrán! Cruelles se las hice; pero donde no hay pena no hay placer. Esta es mi divisa. Entre otras farsas, le hice una buena comedia, mas no la contaré.

—Refiéranos usted eso,—dijo su vecino, un cuasi-embajador que conocía bien á las mujeres.

—¡No, he jurado no contarle!

—¿A quién ha jurado usted eso?

—A mí misma.

Y la comedianta, que perdía la cabeza, dióse un golpe en el pecho con la mano.

—Aquí no hay nadie; puede usted contarle,—dijo su vecino de la derecha, el célebre Tres-Estrellas, que hacía la lluvia y el buen tiempo en la política de la noche.

Todos declararon que Lucía estaba libre de su juramento.

—¡Oh! Después de todo, fué una cosa inocente,—dijo,—y creía yo que aun le amaba.

—Porque nunca le amó usted,—murmuró el conde de Aspremont.

—¡Silencio! Figuraos que un bello día me anuncia su matrimonio con una señorita de no sé qué, fuerte en color y fuerte en dinero. Por la noche, me escapo entre dos actos, me hago conducir, bien encapuchonada, á los bastidores de los Italianos, y ¡qué veo, injusto cielo! Veo á mi Gontrán haciendo el perfecto amor de perfil y de tres cuartos. La joven virgen era bella, pero algo roja. «—¿Creeré á mis ojos?—me dije.—¡Es la doncella de Rosa!» En efecto, se parecían de un modo sorprendente: el mismo rostro coronado por los mismos cabellos, un negro de España sobre carmín. Pero ¿á qué insistir? Todos conocéis á la doncella de Rosa.

—Sí,—dijo un convidado, queriendo colocar una frase.—Si yo fuera el amante de Rosa cambiaría los papeles.

—En mis celos, viniéronme dos ideas: la primera era la más sensata; así es, que no me detuve en ella. Juzgad, si no: pensé en tomar á esa joven á mi servicio para disgustar á Gontrán de la muchacha casadera.

—Sí; mas,—dijo el obstinado comensal,—hubiera usted temido que se engañase.

—¡Yo!

—¡Bella exclamación!

Lucía clavó en el que hablara una mirada desdeñosa, como si hubiera sido imposible que se la confundiera con una doncella de servicio.

—Yo,—añadió,—nunca habité en las buhardillas.

Hubiera querido no pronunciar estas palabras; porque, aun cuando estuviera medio ebria, vió que sus convidados se miraban y parecían acordarse de su habitación del sotabanco.

—Continúa,—dijo el príncipe;—me interesas.

—Detúveme, pues, en lá segunda idea, porque no encontré otra. Me vi con uno de mis antiguos amantes que nada tenía que hacer porque ya no tenía dinero. Le di veinticinco luises.

—¡Ah, diablo! Paga usted bien sus bromas y sus espectáculos.

—¡Silencio! Si se me interrumpe, no cuento la historia.

Todos callaron.

—Como digo, di veinticinco luises al hombre y le dije: «—Esa es la mujer», estilo Víctor Hugo. La mujer era la doncella de Rosa. Y añadí: «—Cualquiera que sea la virtud de esa joven, tú me respondes con tu cabeza de que estará aquí esta noche antes de que yo vaya á los Bufos. Quiero vestirla yo misma, acicalar su rostro, peinarla, blanquearle un poco los brazos y las manos, darle aires de mundo, enseñarle los bellos modales, después de lo cual, como sea digna de ti, irás á cenar con ella al núm. 12 del Café Inglés.» El hombre quería comprender; pero le dije: «—Eso no te importa. Te las compondrás para que á la una de la mañana la mujer esté alegre y enamorada; la puerta del gabinete se abrirá, tomarás aires de Bajá de regreso de Pafos, y habrá acabado tu misión; quiero dar este espectáculo á un amigo.» ¿Creerían ustedes que el hombre vacilaba?

—¿Eso te admira?—dijo el príncipe.

—Sí, me admira que se rehusen quinientos francos por sólo ir á cenar. Le tiré el billete; él lo estrujó con mano desdeñosa, pero se lo metió en el bolsillo. «—Convenido,—dijo;—daré estos quinientos á esa joven.» Y añadió con aires de gran señor que despierta de una borrachera: «—Pero esto á nada me obliga.»

De todos los convidados, el único que escuchaba con

verdadera curiosidad era Aspremont. Al fin se explicaba el por qué de la muerte de la señorita de Marcy.

Quiso estallar, pero se contuvo.

—¡Qué pálido está usted!—dijo Lucía, que miraba en torno de la mesa para ver si su relato interesaba.

—Escucho,—dijo el conde.—Eso es bello; siga usted.

—¿No es verdad que fué una linda invención? Sé bien que, en tiempo de los romanos, hay una historia semejante—*Valeria*, tragedia en cinco actos y en verso, interpretada por la señorita Rachel,—que en tiempo de Luis XVI hay el célebre drama del collar. A mi vez quisiera dar una situación á los autores dramáticos del porvenir.

—Bueno,—preguntó el príncipe.—¿Y qué ocurrió?

—¡Qué ocurrió! A la una de la mañana pasé por delante del 12 con Gontrán, la puerta se abrió, y vimos lo que pueden ustedes figurarse.

—Y ¿qué dijo Gontrán?

—¡Gontrán! En el mismo instante se curó de su capricho por el matrimonio. Me engaño, porque me pidió mi mano, y yo le conduje á mi lecho nupcial.

Lucía contó esta historia, que había llevado á la tumba á los veinte años y con su amor á la señorita de Marcy, que aquella mañana misma había dado muerte á Gontrán, con la desenvoltura de una mujer que hubiese visto aquello en el teatro ó que lo hubiera leído en un periódico.

¡Ni un acento del corazón, ni una expresión del alma!

Mientras tanto, Jorge de Aspremont se había levantado, pálido y terrible.

—¿Por qué se levanta usted?—le preguntó Lucía con aire distraído, sin prever ni remotamente lo que el conde iba á decir.

—¡Que por qué me levanto!—exclamó—¡Porque esta mesa está maldita!

Alzó el mantel y derribó las copas de cuatro ó cinco comensales.

—¿Está usted loco?—dijo el príncipe, alzándose á su vez.

El conde le tiró su servilleta.

—¡Que por qué me levanto!—añadió, no queriendo responder sino á Lucía.—Voy á decírselo á usted. He venido aquí porque voy á todas partes; mas no quiero permanecer ante la calumnia que mata. Sabía que es usted cruel y fría, no sabía que fuera usted homicida. ¿Quiere usted que le diga lo que hizo con su odiosa comedia del Café Inglés? Matar á la señorita de Marcy. Y, porque mató usted á esta señorita, se ha suicidado esta mañana Gontrán Staller.

Lucía fué herida en la vivo por este apóstrofe. Sin embargo, trató de ocultar su emoción con una sonrisa.

—¡No se ría usted!—gritóla exasperado Jorge de Aspremont.

Corrió hacia ella como una fiera; el conde estaba fuera de sí. La hubiera pisoteado; pero se lo impidieron.

—Es menester ponerle la camisa de fuerza,—dijo Lucía.

Y corrió á refugiarse, siempre sonriendo, en brazos del príncipe.

Aspreamont cogió un puñado de sal y la esparció en torno suyo en señal de maldición.

Luego,

—¡Maldita sea la mujer y maldita sea la casa!—dijo, desafiando con una mirada altanera al príncipe, que, exasperado, avanzó hacia él.